

la cuestión, nos encontraríamos con un mismo antagonista, con un mismo pensamiento, del que emergen, en distintas direcciones, las correspondientes representaciones.

"Contradanza" es, en primera instancia, una defensa de la libertad erótica. Si trascendemos la anécdota, de la libertad en términos más generales. También las heroínas lorquianas parecen

defender el instinto y acaban enfrentándose con el pensamiento social dominante.

Francisco Ors imagina algo decididamente audaz. Citando nombres de la Corte de Inglaterra, utilizando el recurso romántico y conocido de una sortija que debe ser lucida por un personaje que ya no la tiene en su poder, ligando la intriga con cierto aroma tenebroso, moviéndose dentro de

las convenciones de tanto "teatro histórico", imagina, digo, que la Reina Isabel de Inglaterra, la poderosa hija de Ana Bolena, era, en realidad, un hombre, obligado durante toda su vida a fingirse mujer. De ahí las extrañas relaciones de la Reina con cuantos le rodean, y el episodio con lord Enrique, de quien se enamora y a quien revela su condición de hombre. El lord, al

principio, naturalmente, se escandaliza y asusta. Pero pronto acaba aceptando la relación homosexual como vía hacia el poder. Dispuesto a casarse con Isabel, manifiesta al mismo tiempo hacia ella (él) un creciente desprecio. Condensa duramente la homosexualidad de otros personajes y pasa la suya por alto ante la posibilidad de llegar a ser Rey. La perspectiva moral se invierte. Y frente al sucio utilitarismo del lord, el sincero amor de Isabel aparece en la obra como una virtud.

El final melodramático deja, sobre el último cadáver, la afirmación de que el mundo está lleno de asesinos que violentan el amor. El que se trate de un amor homosexual sería, en el pensamiento de Ors, secundario, puesto que, en definitiva, lo que se quiere plantear es, una vez más, el conflicto entre eros y civilización, entre el instinto y un determinado código social. El "Equus" de Shaffer, que atrajo a tantísimo público, era, bajo la alegoría del caballo, un planteamiento del mismo tema y desde el mismo punto de vista.

Por lo demás, Ors, y creo que José Tamayo, han planteado la historia sin ningún énfasis. La condición masculina de Isabel y su homosexualidad son presentadas como dos elementos más de la fábula. Otros personajes insisten en el tema, pero siempre como algo natural, que la hipocresía, la crueldad o la rigidez de la Corte obligan a ocultar para sobrevivir. Yo no sé si la obra merecerá otros montajes y nuevos directores se detendrán en el carácter insólito y un tanto torturado de la historia. No ha sido este el caso de Tamayo ni de la inmensa mayoría de sus actores, que parecen metidos en un episodio de "Los tres mosqueteros". Quizá sea una opción estilística totalmente coherente con la propuesta de Ors, empeñado en no dar excesivo relieve a la extraordinaria —¿o no?— situación imaginada. Sólo José Luis Pellicena, en un arriesgado y meritorio trabajo (Isabel), consigue romper el "argumentalismo" de la obra para hacernos sentir el problema. Una obra, en fin, extraña, bien escrita y sorprendente. Que aborda uno de los grandes tabúes con el desparpajo de quien da por hecho que se trata de un secreto que todo el mundo conoce... ■ JOSE MONLEON.

## ADIOS A LAS LETRAS

### Reflexiones de Sancho

**M**UCHO más subversivas son las respuestas que los católicos practicantes españoles han dado a un reciente e "irreverente" artículo del filósofo Fernando Savater que el artículo mismo. Sancho hubiera quedado estupefacto ante la capacidad que sigue teniendo la Iglesia española para topar frontalmente contra aquello que más le duele.

Es difícil resumir el artículo de Savater, que fue publicado en el diario "El País", porque el dichoso trabajo sobre costumbres nacionales del citado escritor no era un simple tratado filosófico, resumible en premisas, tesis, antítesis y memorandos. Era, más bien, el ejercicio de una memoria colectiva escrita a boca de jarro.

A los eclesiales les ha sentado mal. Bertrand Russell hubiera hecho una sentada ante "El País", en una calle bastante poco inglesa, la verdad, apoyando la iniciativa de dar luz verde al artículo, porque el canoso liberal inglés explicó, casi como Savater, pero en británico, cómo hay que atarle los cuernos a la intolerancia.

De entre todos los eclesiales que han respondido, amargamente, a Fernando Savater está José María González Ruiz. Tuvo el canónigo malagueño lo que se llama un "lapsus linguae", porque pensó lo mismo que Savater, lo escribió de otra manera, lo envió a la imprenta y luego notó que, confrontados ambos trabajos —el de Savater se titulaba *Osadía clerical* y el del canónigo se llamaba *Yo también soy anticlerical*—, había sustanciales parecidos, por lo que decidió apostillar-lo, en posdata, con una suave recomendación al filósofo: sé menos vehemente, amigo, vino a decirle, en un tono que contrastaba con el usado por quienes han pedido la cabeza donostiarra del autor de *Criaturas del aire*.

Esta revista le reprochó recientemente a Fernando Savater que acudiera demasiado al libro y dejara el artículo periódico. Después de observar la sacudida nacional que ha provocado su última aparición pública, habrá que ir pensando en corroborar lo que dice esta revista y pedirle a Savater que se prodigue un poco más. A este país le fal-



Fernando Savater.

tan críticos de la vida cotidiana que se fijen en las instituciones imperturbables. Imperturbables porque no han sido perturbadas. Perturbar debe ser la actividad exigible al intelectual español de ahora. Ya que el Parlamento ha llegado a conseguir la sagrada fórmula del consenso para que las aguas no se enturbien, que sean los responsables de la escritura y la cultura los que recojan la necesidad de perturbación que, en este campo, tiene la vida española.

Se habla ahora de lo que ha ocurrido después de la muerte de Franco para que nos sintamos felices los que esperamos la caída de la dictadura para empezar a respirar un poco. No ha pasado casi nada hasta que no han empezado a ser tocadas las instituciones intocables. Cuando éstas se acostumbren a ser criticadas, denostadas, vueltas del revés, asustadas y colocadas en su sitio, empezará de verdad España a ser un país tolerante, habituado a la crítica y a la risa. ■ SILVESTRE CODAC.